

1. LUGAR DE AUTOR

Exilio y buganvilia

JOSÉ KOZER

Para un judío como yo, haber vivido más de cuarenta años fuera de su país de nacimiento, y ser por ende, en un sentido técnico, lo que se denomina un exiliado, no es algo ni inusitado ni desconcertante; tampoco descorazonador. Es algo que no me he tomando nunca a la tremenda, y que no me parece detestable ni desolador; tampoco ameno ni agradable. Es, quizás, un impedimento ante diversas situaciones históricas, un impedimento que nos vuelve proclives a las justificaciones, las explicaciones tanto públicas como íntimas, aunque cuando se cobra conciencia de la inutilidad de pasarnos una vida dando explicaciones, y acallamos ese mal ante los demás, e incluso ante nosotros mismos, el exilio se vuelve, si no confortable, al menos llevadero: no es ni devastador ni maravilloso; para mí carece de magnificencia. Considero ese hecho solo como un estado, o mejor, una situación: si se quiere darle un cierto cariz de relevancia al asunto podría considerarlo como un destino, incluso como todo un destino: en ese sentido es una fuente, un venero rico en aguas salutíferas, una veta a explotar con sutil dedicación si se tiene la necesidad artística. Ya que esa veta es de amplitud y profundidad inagotables, pudiéndose extraer de su filón la gama amplia, quizás interminable, de la más disímil experiencia, la más compleja y variable referencialidad, puesto que el exiliado puede definirse como aquél que no tiene un árbol único, ni una única flor, sino que es dado a conocer, reconocer, enamorarse, utilizar, la multiplicidad de las flores y de los árboles, procedentes de su incesante deambular por todos los puntos cardinales, de modo que el hombre

que nace en el trópico acaba, por así decir, cantando las nieves del norte, y junto a las casas de mampostería y techo liso de su lugar natal canta los tejados a dos aguas de las casas del norte, con sus mojinetes y altas mansardas.

Acudo a la figura del explorador y viajero francés Louis Antoine de Bougainville (1729-1811) que no siendo santo de mi devoción, dado su racismo, torpe centroeuropeísmo y modo político reaccionario, que bien recuerda a Gobineau y a de Maistre, me servirá para mostrar un aspecto del exilio que me interesa subrayar. Este navegante, que le dio la vuelta al mundo, que estableció en las islas Malvinas una fallida colonia francesa, y en cuyo honor se nombró a ese bello arbusto, tan orbicular como él mismo, llamado buganvilla, en México bugambilia (en Cuba buganvilla o buganvil, término que además tiene una connotación procaz en el argot popular) trajo de Tahití a un "salvaje" para demostrar en vivo la teoría rousseauiana del *"homme naturel"*. En París, nuestro buen salvaje descubre la ópera. Y cuál no sería la sorpresa de Monsieur de Bougainville al darse cuenta, tras un tiempo de estancia parisina del tahitiano, que dicha ópera es lo único que le interesa y atrae de todo el mundo civilizado: es decir, solo le interesa el artificio máximo que, en las artes, representa el mundo de la ópera. Lo natural, digamos, lo trae sin cuidado, mientras que la tramoya inverosímil, algo esperpéntica y sobremanera afectada de la ópera, lo engatusa e imanta, dándole vida y un sentido al desarraigo en que se encuentra. Cuento esta anécdota porque, aunque no gusto de analogías, que siempre me parecen peligrosas a la hora de interpretar los hechos, y que además considero que siendo muchas veces lógicas pueden no ser verdaderas, de algún modo entiendo que mi experiencia personal de exiliado tiene puntos de contacto con la de este tahitiano. Al irme de Cuba, 1960, con veinte años de edad, y radicarme de inmediato en Nueva York, ciudad donde viví 37 años, me desnaturalicé a muchos niveles. El fundamental, la relación con mi idioma (y no solo éste sino asimismo con el habla, mi habla habanera natural): así, mi sentido del lenguaje cambió por completo; se volvió alejandrino y diaspórico; es decir, que se volvió en cierta medida bizantino y artificial; ópera en vivo. Y en lugar de mi natural cubano, ese vasallaje de lo unívoco, se disparó dentro de mí una proliferación lingüística que hasta el día de hoy sigue en pie: la mezcla del inglés con el español amplió mi modo de percibir, y de recibir la gracia del idioma materno, el idioma natural. De ahí que unos versos míos digan en un poema titulado Babel que "mi idioma/ natural y mater-

no/ es el enrevesado." Un enrevesado que aquí en parte alude a ese artificio que de algún modo caracteriza al arte. Y dada esta experiencia vital de exiliado, el idioma que hablo y escribo es, en cierta medida, un artificio, si lo comparamos con el hecho normal de mamar, crecer y vivir en un idioma natural y único del que nunca nos ausentamos ni del que jamás nos vemos circunstancialmente desarraigados. Así, por dar un ejemplo, rara vez uso el término cubano cotorrita para ese bichito que tanto amo, prefiriendo la palabra mexicana catarina que me cunde más a nivel poético. No tengo el menor empacho en emplear, interiorizar mexicanismos, peruanismos, españolismos, y en casa ocurre el curioso fenómeno, por mí observado últimamente, que mi mujer, española de pura cepa desarraigada, ahora dice botar, mientras que yo, híbrido cubano, por regla general digo, y sin apenas darme cuenta, tirar. Así, ella bota algo a la basura mientras que yo lo tiro. El exilio, por ende, hace que las tornas se vuelvan de revés, se muevan de medio lado, incorporen materiales de acarreo de todas partes: en el exilio se vira la tortilla, creándose un mejunje (menjurje, *ad usum*, es el cubanismo) donde proliferan tonos, vocablos, giros, provenientes de la gama amplia del español. Opino, que un futuro cada vez más cercano, nos lleva con toda naturalidad a un español cada vez más híbrido; un híbrido no como antes compuesto de galicismos o anglicismos, sino de las más diversas y enriquecedoras formas de decir de las diversas naciones en que se habla castellano. Creo que pronto oiremos a un mexicano decir camaján o tremendo sal p'afuera sin apenas tener conciencia de ello, y que oiremos a un argentino remodelar su habla oriunda con tonalidades del cubaneo. Y de ocurrir, veo este fenómeno de recombinación lingüística como algo saludable para nuestro conjunto de países, y para sus ciudadanos. Durante un lapso de tiempo consideraremos este hecho como algo deplorable y artificioso, veremos en él una amenaza a nuestros valores nacionales, nos negaremos, incluso con violencia, a participar del calidoscopio y del mejunje de este nuevo español enrevesado: mas, con el paso de unas décadas todo se volverá natural y el trasvase lingüístico nos traerá un mayor acercamiento a todos. Así, la artificialidad a la que nos obliga la diáspora se volverá natural. Y para un cubano dicharachero y tropical la experiencia del frío y del silencio de los bosques se hará natural: el exilio me ha enseñando a amar, con toda naturalidad, el enebro (con cuya baya, dicho sea de paso, se aromatiza la ginebra) y ese deslumbrante árbol que es el sanguinuelo, sin dejar de relacionarme con la uva caleta y

el hicaco. Aludo, por contraposición a estos árboles, pero quiero dejar claro que ambas zonas referenciales son ya naturaleza viva y propia, apropiada, dentro de mí. Y que para nada se contraponen pues participan de un claroscuro vivo en mi interior. No creo que sin la experiencia del destierro hubiera podido llegar a sentir tan honda afinidad por el ocote mexicano o la encina castellana, como la que siento por mi maternal laurel de Indias. No creo que la rispidez y luminosidad que experimento cada vez que redescubro la presencia de un vocablo que no he oído ni empleado durante décadas (ya que vivo en un contexto anglosajón donde prima, a veces con exclusividad el inglés) hubiera sido posible sin esta ardua y fructífera experiencia del destierro.

Permítaseme acudir a dos términos del habla popular cubana: me refiero a las palabras *chévere* y *paluchero*. La primera la oí infinitas veces en mi país, la segunda la aprendí en el exilio. *Chévere* y sus concomitantes *asere*, *ecobio*, *mi sosio*, *monina*, *nagüe* o *yérnica* son vocablos que jamás utilicé durante mi adolescencia cubana. ¿Por qué? Sencillamente, porque pertenecían a una clase social diferente a la mía, eran acepciones para mí no solo vulgares sino totalmente artificiales con relación a mi habla habanera. Esas palabras pertenecían a los estamentos barriobajeros, al mundo de los prostíbulos, a la mentalidad de los *matasiete* y los *perdonavidas*. Si hubiera dicho en La Habana, digamos, en 1957, que algo me había parecido *chévere*, aquello me hubiera sonado a hueco, a falso, y me hubiera resultado tan artificial como decir latines mientras hablo castellano. Sin embargo, el tiempo y la distancia, y por seguro un cierto elemento de nostalgia, hicieron que la palabra *chévere* se incorporara a mi vocabulario. ¿Por qué? Creo que en parte porque las barreras de clase han perdido para mí mucho de su peso específico; pero creo que, además, porque la experiencia del exilio revitaliza términos ajenos del propio lenguaje, incorporándolos: cierto que al principio ese proceso nos resulta raro, nos sentimos, como diría un cubano, “*postalitas*” (es decir, falsos). Mas con el uso la palabra se naturaliza, es asimilada y registrada por la sangre y las vísceras del modo más natural. Así, hay como una ley lingüística a la que está adscrito el exiliado: lo artificial se vuelve natural; y la extrañeza de lo ajeno propio, por así llamarlo, desaparece. Y ocurre asimismo que se pierden palabras, infinitud de palabras que al no usarse en la vida cotidiana quedan soterradas en nuestro espíritu. Esas palabras, que fueron una vez naturales, de repente reaparecen, y tienen un timbre artificial, un eco y sono-

ridad extraños en nuestro interior, casi como si no existieran en el diccionario, o mejor, como si acabaran de ser incorporadas al diccionario. Así, la palabra que fue natural reaparece como algo artificial. Asombrados, regodeándonos, la reutilizamos, la redescubrimos, y comenzamos, casi como un niño con un juguete nuevo o con una caja de bombones recién comprada, a usarla cada vez que podemos hasta que, mediante un proceso de reabsorción y olvido, esa palabra deja de ser artificial para recuperar su naturaleza original, su inicial naturalidad. Solo que ahora, y es lo que quiero subrayar, esa palabra se ve enriquecida por capas y capas de experiencias propias que le dan un brillo y un espesor inusitados. Sintetizando, pues, he aquí dos leyes relacionadas con el proceso de pérdida, distanciamiento y recuperación de lenguaje en el exiliado: por un lado, el proceso que lleva de lo artificial a lo natural, como en el caso antes citado de la palabra *chévere*; y por otro lado, el proceso que va de lo natural, a su pérdida, y de ahí a su recuperación como algo extraño y artificial que ahora, enriquecido, vuelve a naturalizarse.

Paluchero es en Cuba *cháchara* y *palique* en boca de *baladrón* o de *echador* y *alardoso*. Esa palabra la aprendí hace unos años en el exilio, recuerdo en boca de quién y en qué contexto la oí por primera vez, y podría casi fechar el día y registrar la hora en que mis asombrados oídos escucharon una palabra que por fin me ofreció un equivalente preciso a un término del inglés, caro a mi discurso, pero que jamás había podido emplear en español. Me refiero al término inglés *bull-shitter*, y la expresión *bull-shit artist*, referidos a la persona que se las da de lo que no es. De repente, y con alivio, podía variar mi discurso y utilizar con la mayor naturalidad dos vocablos de dos idiomas distintos y naturales en mí a estas alturas de mi existencia, sin tener que padecer el desgarramiento de la palabra ausente en el original. Tenía ahora el original y su traducción, así como la traducción y su retraducción al original. Tierra feliz, paraíso perdido que había recuperado.

Franz Werfel ha escrito en un cuento titulado *La historia verídica de la cruz restaurada*: "La suspicacia es una de las plantas más venenosas del exilio político. Cada emigrante desconfía de los demás y, si pudiera, sospecharía de sí mismo, ya que tiene el alma destrozada por no pertenecer a ninguna parte." A su vez Czeslaw Milosz en *El pensamiento cautivo* subraya el "abismo que, para mí, era el

exilio", al que llama "la peor desgracia que podía ocurrirme, porque significaba la esterilidad y la inacción." Cito a dos escritores amados y por quienes siento un profundo respeto, y bien comprendo su desgarramiento y ese sentimiento de amenaza que los rodea en cuanto desterrados y que puede ponerse de manifiesto como suspicacia o impotencia. Sin embargo, creo que ambos sostienen una visión del exiliado anterior al actual trasvase de transterrados, un trasvase ingente de seres, culturas, modos de percepción, intereses, sobrestimaciones y subestimaciones, que está una vez más cambiando, no sé cuán profundamente, el mundo occidental. Donde Werfel ve suspicacia y Milosz esterilidad encuentro yo oportunidad de crecimiento; en vez de desgarramiento abisal o trágico destino, opto por cargar menos las tintas y precisar la existencia de ciertas bondades, y de hasta un cúmulo de bondades para el exiliado. Pese a toda la dificultad implícita en esa condición, veo ahí, por experiencia propia la ocasión de ampliar, profundizar, liberar la propia persona, forjando, por ejemplo, un lenguaje más ecuménico y polifónico que sin tapujos ni remilgos exprese un nuevo orden donde exilio, sin ser utopía, tampoco es la peor desgracia ni fuente de paranoia. Creo que es el momento de dar la espalda a los tremendismos, a veces oportunistas, que tienden a magnificar la situación del exiliado. A quien le toque esa experiencia que la viva desde dentro para su propia búsqueda social, espiritual. Y, por supuesto, creo que dar la espalda a la visión romántica del desterrado no implica dejar de luchar para que los destierros y las emigraciones nacidas de la injusticia social disminuyan, quizás algún día desaparezcan del todo.